



## CAPITULO XLI.

*¡Victoria!*

Las relaciones entre el licenciado Domingo Benavides y Néstor Rincón, se habían entibiado un poco, tanto porque el primero había sabido por Adela que la familia del segundo era hostil al noviazgo, como porque las reyertas sobre política se hacían de día en día más agrias; pero seguían encontrándose en un campo neutral que era la casa del comerciante don Alejo, quien lo mismo que su esposa, observaban una gran prudencia entre ambos contendientes, procurando siempre que la fiesta siguiera en paz. Por otra parte, cada cual sabía fijarse sus linderos, y hasta la fecha en que vamos á encontrarlos otra vez reunidos, no había habido ningún disgusto serio, sin embargo de que los que ocupaban los puestos extremos en los partidos, se querían como si fueran ya cuñados, esto es, se mascaban, pero no se tragaban.

—¿Y qué hay ahora de nuevo por el ministerio de la guerra? preguntó don Alejo con cierta inoportunidad por el momento.

La pregunta iba dirigida á su hermano. Este contestó:

—Nada que sea muy importante. Ordenes como siempre para nuevos movimientos militares y noticias de las derrotas que están sufriendo los juaristas.

—Y á propósito, interrumpió el abogado que quiso aprovechar la ocasión para dar un buen mordisco, ¿no se hizo el cange de prisioneros que propuso González Ortega?

—No consintieron ni el general Miramón ni sus ministros, contestó Néstor.

—¿Pero cuál cange? preguntó don Alejo. Yo lo que sé es lo que sabe todo el mundo: que González Ortega, luego que recibió la negativa de Miramón, puso libres sin condición ninguna, y aun dándoles dinero, al general Díaz de la Vega, y á sesenta oficiales y jefes que tenía prisioneros.

—Quijotadas de González Ortega, agregó Néstor con gran desplante, ¿cómo había de soltarles Miramón á Uraga ni por veinte Díaz de la Vega?

—Yo no hablaba de ese cange, sino de otro que ha propuesto últimamente con los prisioneros de Silao.

—Pues ese tampoco lo admite el Presidente.

—¿Ni después de la gran derrota que sufrió en el mismo Silao?

—No fué una gran derrota, no fué sino un descabro.

—Pero dicen que perdió allí toda la artillería.



—Pues si destruyeron el ejército, ¿cómo no se vienen los liberales á la Capital?

—Ya vendrán. Dicen que González Ortega está en Querétaro con veinte mil hombres. ¿Quién lo resistirá cuando venga?

—¡A qué no viene!

—Yo creo, dijo el abogado con toda naturalidad, sin que entre en mi opinión ningún espíritu de partido, que el gobierno tacubayista no podrá ya sostenerse contando sólo con tres plazas fortificadas: Puebla, México y Guadalupe.

—Amen de las fuerzas expedicionarias que suben á diez mil hombres.

El abogado se sonrió.

—No lo crea usted, Benavides; pero esos son los datos oficiales, agregó Nestor.

—¿Qué número de fuerzas tiene, pues, el gobierno tacubayista?

—A más de esos diez mil hombres que se replegarán á donde sea necesario, tiene tres mil hombres en Guadalupe, cuatro mil en Puebla y ocho mil en México.

—Suponiendo que esas cifras sean exactas, ¿cuál de esas plazas, cuál de esas fuerzas resistirá el ataque de veinte mil hombres que tiene González Ortega?

—Son chusmas que se desbandarán luego que el general Miramón se les eche encima con sus columnas mandadas por jefes como Mejía, Márquez, Negrete, Herran y Vélez. Ese es el golpe que se prepara.

Y siguió hablándose con más ó menos calor de los sucesos del día, tales como la llegada del embajador español don Joaquín Francisco Pacheco, que el 22 de Agosto fué recibido en Palacio por el Presidente Miramón y su

corte con inusitada pompa; del nuevo gabinete compuesto, como se decía entonces, del extracto de la *conserva*, esto es, de los señores Almonte, Lares, Díaz, Marín y Sagaceta: el que pasaba como una de tantas nulidades era el ministro de la guerra general Antonio Corona. Se habló de la representación de los capitalistas en favor de la paz, que fué recibida con desdén por el gremio de los políticos y por el clero; de los trabajos diplomáticos en favor de un avenimiento, y por último, de la resolución de la iglesia para ayudar con los metales preciosos de los templos y las joyas de los santos á sostener la santa guerra de la reacción contra los liberales y sus leyes de Reforma. Ese sacrificio heroico lo elogió mucho Néstor Rincón entre las sonrisas de Benavides y de sus mismas hermanas que no podían tragar una píldora tan gorda, á pesar de ser buenas cristianas y quizás por esa misma razón.

Así es que el abogado no pudo menos que decir:

—Ustedes convendrán en que es repugnante que el venerable clero, que es el depositario de la fé religiosa, que debía ser el primero en dar el ejemplo de buen cristiano, de caritativo, de humano y de justo, contribuya de tan buena voluntad con sus tesoros para que siga la feroz contienda y se siga derramando sangre mexicana, la misma sangre de sus hermanos. . . .

—Eso es falso, se apresuró á decir Néstor impetuosamente.

—¿Qué cosa es falso? preguntó Benavides con tranquilidad.

—Que el clero presta sus recursos para la guerra.

—No los presta, los da. Yo he tenido en mis manos la comunicación del administrador de la Alduana don Ignacio de la Barrera, y en ella he leído una cláusula, creo



que es la quinta, que dice poco más ó menos: «Que por lo tocante á las alhajas que se han de entregar directamente á la Administración, se haga factura muy explicada del número de piezas, con sus nombres de *hilo de perlas*, aretes, cintillos de brillantes, si son rocas, tablas, rubíes, esmeraldas, etc., porque estas alhajas van á recibirlas otras personas en garantía de las sumas que han de facilitarse al supremo gobierno.» Pues bien, continuó diciendo Benavides indigna que se haga esto, porque es un robo que se hace á las imágenes y un crimen sancionado por el clero el que se comete en los templos, para cometer otro crimen mayor que es el de dar recursos para la guerra. . . .

Don Alejo y su esposa intervinieron con su acostumbrada prudencia para que no siguiera la discusión adelante, que ofrecía encenderse mucho, y el licenciado calló obedeciendo más bien á Adela que había tenido oportunidad al repartir las tazas de té, de estrecharle la mano deslizándole un papel en que por la vigésima vez le juraba ser su esposa, según habían convenido, luego que se aplacaran las calamidades públicas.

Ahora, dejando á nuestros amigos de México haciendo constantemente comentarios sobre la situación, según sus propias impresiones y simpatías, nos tenemos que transportar á Querétaro, convertido en el campo de operaciones de los liberales.

Se encontraban en el alojamiento de don Santos Degollado, que era el ministro de la guerra, pero sin mando de tropas, los generales González Ortega, Zaragoza, Blanco, Berriozábal, Doblado y otros, convocados para tratar de asuntos militares en lo general, y en lo particular para tomar el pulso íntimamente al estado de angustia en que

se sentían con un ejército de veinte mil hombres, sin elementos para provisionarlo.

González Ortega fué el que dijo:

—Encontrándose aquí el señor Degollado, que es el ministro de la guerra, y de consiguiente el jefe de las tropas liberales, lo primero que me toca hacer es entregarle las que tengo á mi mando, lo cual efectúo con verdadera satisfacción.

González Ortega, aunque era ambicioso, quería una de dos cosas: ó salvarse de una inmensa responsabilidad, ó estrechar al ministro á que lo sostuviera con medidas desesperadas.

Don Santos Degollado, que no observó las miradas de espanto que se dirigieron los generales ante la amenaza de volverlo á tener como jefe, se apresuró á responder:

—De ninguna manera acepto el mando en jefe de este ejército que ha formado el general González Ortega, después de tres victorias; en primer lugar, porque no tengo sus aptitudes militares ni su buena estrella, y en segundo lugar, porque no se puede ser ministro y general en campaña al mismo tiempo, cuya incompatibilidad he venido palpando en las épocas anteriores. Me niego terminantemente á recibir un mando de tropas que no me corresponde por esos y por otros motivos.

Doblado y Zaragoza elogiaron la nobleza de sentimientos de los dos generales, y expusieron la necesidad de tomar determinaciones prontas, tanto respecto del movimiento que debía emprenderse, como respecto de la manera de proporcionarse recursos.

—El movimiento está indicado, dijo el ministro de la



guerra: debemos de marchar sobre México, antes que Miramón se reponga de la derrota que acaba de sufrir en Silao.

—Tanto más, agregó Doblado, cuanto que tiene generales que son muy activos y el clero que le proporciona recursos inagotables.

—Yo también era de la misma opinión, dijo González Ortega, y en ese sentido había escrito á los ministros y tomado disposiciones para la marcha; pero el general Zaragoza me ha insinuado con muy buenas razones que no debemos dejar ese enemigo débil, pero siempre enemigo, á retaguardia, y hemos casi convenido en dirigir nuestras operaciones sobre la capital de Jalisco.

—Dejando siempre un enemigo á retaguardia que no es débil, hizo observar Doblado, pues que Miramón y Márquez se apresurarán como siempre á sacar todos sus elementos de México para seguirnos.

Aunque se dieron tan buenas razones en uno como en otro sentido, se adoptó el extremo de atacar á Guadalajara, tanto porque era empresa que se consideraba más fácil, como porque á la vez que se aprovechaban las fuerzas de Ogazón y de Régules para el sitio, había manera de dejar un buen cuerpo de ejército en observación de México, y aun de destacar otro más al encuentro del enemigo en caso de que alguno hubiese que pudiera seguir aquel inesperado movimiento.

Pero quedaba la segunda parte, que era el punto negro de la cuestión: ¿con qué dinero se emprendía aquella campaña indispensable cuando no había un peso en las cajas?

—¿Cuánto dinero se necesita? preguntó Degollado.

—Veinte mil pesos diarios, poco más ó menos, con-

testó González Ortega; eso si hay recursos, continuó diciendo; pero en caso de no haberlos, con las reses necesarias para el rancho y con unos cinco ó seis mil pesos para la oficialidad, correos, exploradores, etc.

Doblado, que se había quedado meditabundo, dijo de pronto:

—Podemos tener en tres días un millón, siempre que queramos asumir una gran responsabilidad.

—Yo las asumo todas con tal de poder moverme, dijo González Ortega.

—Eso me toca á mí, contestó Degollado, puesto que soy el ministro de la guerra. ¿De qué se trata? preguntó á Doblado.

—Simplemente de apoderarnos de la conducta de caudales pertenecientes á ciertas casas extranjeras, que está en marcha para Tampico.

Todos se estremecieron y algunos cambiaron de color.

Doblado continuó diciendo tranquilamente:

—Sería un robo si no tuviéramos con qué pagar ese dinero; pero yo me comprometo á saldar las cuentas con más de tres millones de bienes de manos muertas que hay en Guanajuato.

—Sí, podrá pagarse tarde ó temprano, murmuró Zaragoza; pero de pronto se nos llamará ladrones y se nos pondrá al nivel de Márquez, que también se echó sobre una conducta en Guadalajara.

—Y quien fué castigado duramente por Miramón, murmuró el ministro de la guerra.

—No tan duramente, repuso González Ortega; pero en fin, hubo las apariencias de un castigo.

—Y bien, ¿qué opina usted de eso, usted que es el general en jefe? ¿se atreve á hacer la campaña con ese dinero?



—Yo la hago con cualquier dinero que se me dé, venga de donde viniere.

—Pues yo asumo toda la responsabilidad, dijo resueltamente Degollado: explicaré mi conducta ante la Nación y ante el gobierno, y absuélvaseme ó no, haré el sacrificio de mi reputación en aras de la patria.

Se aplaudieron los dos actos del ministro de la guerra: el de su renuncia al mando supremo del ejército, más que por falta de aptitud por falta de suerte, y el de apechugar con la grito que había de levantarse por el secuestro de la conducta, como propios de aquella época de hierro, y se pusieron en planta las dos resoluciones.

Se ocupó la conducta, produciéndose el escándalo consiguiente entre las casas extranjeras, al grado de que á los ingleses se les devolvieron cuatrocientos mil pesos, porque fueron los que más gritaron y amenazaron, sirviendo los seiscientos mil pesos restantes, para hacer el movimiento de las tropas sobre Guadalajara.

Degollado se situó en Lagos con una escolta, poniendo además cuatro mil hombres de observación en Querétaro, mandados por los generales Quijano y Berriozábal.

Entonces se exageraba mucho el número de las tropas: en realidad González Ortega se acercó á la plaza de Guadalajara con unos ocho mil hombres, habiéndosele incorporado además otros cinco mil con los que mandaban Ogazón, Doblado, Huerta y Régules.

En la plaza había de tres á cuatro mil hombres de línea, más unos dos mil tomados de leva y que se habían colocado en las fortificaciones como carne de cañón.

El general don Severo del Castillo, uno de los militares más entendidos de la reacción, había pretendido dar

una batalla campal, en la creencia de que venían tropas de México á la retaguardia del ejército liberal y que éste podía ser cogido entré dos fuegos: vió pronto que su plan era irrealizable, y ocupando el recinto amurallado, á la intimación de González Ortega para que se rindiera, contestó sin baladronadas que esperaba tranquilo el resultado de la contienda.

Esto pasaba el 25 de Septiembre, y el 26 comenzaron las hostilidades, estableciéndose en los tres días siguientes, una línea perfecta de circunvalación.

Como entonces las operaciones de la guerra marchaban muy despacio, el gobierno de Miramón tuvo tiempo de reunir un ejército de ocho mil hombres, pagado por el clero, el cual salió de la Capital, al mando de Márquez, con todos sus trenes el 19 de Octubre, época en que continuaba el sitio de Guadalajara con mucha parsimonia, sin que se hubiera intentado abrir brecha en los fuertes, ni se pensara en dar un ataque serio con columnas bien organizadas.

La noticia del movimiento de Márquez fué lo que obligó á González Ortega á desplegar mayor actividad; pero desgraciadamente, ó tal vez por fortuna, cayó enfermo en cama y le sustituyó en el mando el general Zaragoza el día 19, cuando ya Márquez tenía nueve días de camino y se encontraba con todas sus tropas en Irapuato. Se contaba, pues, con otros ocho ó nueve días, siempre que el cuerpo de ejército que venía replegándose, al mando de Berriozábal, supiera obrar con astucia para detener la marcha resuelta de un enemigo engreído con su superioridad táctica.

Pasaron los nueve días en preparativos, es decir, en estrechar el cerco con obras de *aproche* por medio de



horadaciones en las manzanas de las casas, y se resolvió el ataque para el 29 de Octubre, nombrándose las columnas que debían dar el asalto á los fuertes mejor artillados, fuera de otras columnas que debían simular otros ataques á los puntos débiles, ardid de la guerra, que dió en buena parte los resultados que se esperaban como luego veremos.

Los puntos objetivos del ataque verdadero fueron los conventos é iglesias del Carmen y de Santo Domingo, situados en el Poniente y Norte de la ciudad, siendo falsos ataques los de Santa María de Gracia, San Francisco, San Felipe y la casa del Cobre.

A las seis de la mañana ciento veinticinco bocas de fuego vomitaban proyectiles sobre la ciudad, causando estragos horribles á las casas convertidas en fortalezas y á las torres de las iglesias, haciendo poco daño á las gruesas trincheras formadas de adobes, tierra floja y costales rellenos de arena. La plaza parecía desierta y defendida mecánicamente por los fusiles que aparecían en las dobles series de troneras que había por todos lados y por los cañones que simulaban dispararse solos en los fortines, sin que se viera ni un artillero. El aspecto que presentaba así la plaza era pavoroso, por su inmovilidad, por su quietismo, por su calma. El cañoneo duró tres horas y media, sin que los sitiados manifestasen el menor sobresalto, respondiendo á la lluvia de balas y granadas con parsimonia desesperante.

Concluido el cañoneo, que no fué más que un alarde de fuerza para causar intimidación, porque no se abrió ninguna brecha, se desembozaron las columnas nombradas para dar principio al ataque verdadero de los dos puntos principales, con el apoyo de seis ó siete falsos que

también se dieron con ímpetu, sirviendo mucho para distraer la atención del enemigo: Santo Domingo fué atacado por la columna que mandaba el general Lamadrid, compuesta de los cuerpos de Zapadores, Cazadores y Rifleros del Norte. El general Valle, á su vez, mandaba una columna paralela, y ambas penetraron por la espalda y costado del convento, encontrándose una gran línea de fuertes todos artillados y todos defendidos por gran número de soldados que cruzaban los fuegos por una infinidad de troneras practicadas en todos los muros. Allí tenía que perecer fusilada toda la columna si no se tomaba una decisión rápida y salvadora, y esta correspondió al general Valle, quien dijo al capitán de Zapadores don Adolfo Garza:

—Ocupe usted, capitán, esa altura con su compañía, cueste lo que cueste.

Garza hizo un saludo militar y ejecutó la orden en medio de una granizada de balas que le puso fuera de combate la mitad de su gente; pero la situación estaba salvada, porque de aquella altura era de donde recibían más daño los asaltantes. Sin embargo, allí mismo se trabó un combate encarnizado porque el enemigo se empeñó en mantener la posición; pero se aplicaron al parapeto multitud de escaleras de mano, subiendo por ellas otra compañía de Zapadores y tuvieron que morir uno á uno todos los defensores, quedando punto tan interesante en poder de los liberales.

La manzana de casas paralela al convento á la derecha, fué ocupada á viva fuerza por los comandantes don Miguel Palacios y don Marcelino Esparza; pero la lateral de la izquierda ofrecía una resistencia que pareció invencible ante los más grandes esfuerzos.

Con desesperado ahinco logró llegar á media manzana,



encontrándose allí todavía las casas terraplenadas y convertidas en espesas murallas erizadas de defensores bien armados y resueltos á mantenerse hasta el último extremo. Los asaltantes no se detuvieron ante ese obstáculo imprevisto: unos aplicando escalas, otros sirviendo de escalas ellos mismos á sus compañeros, lograron subir tan rápidamente como era posible á los parapetos, y dejando atrás muchos heridos y muertos los que lograron llegar sin ser tocados, emprendieron una lucha desigual al principio á la bayoneta, que bien pronto se convirtió en encarnizada y sangrienta. Los sitiados recibieron refuerzos mandados por el jefe de la guarnición en persona, quien con ojo perspicaz había visto que esta podía ser la llave de la ocupación de la plaza, y las tropas que condujo de refresco llegaron esparciendo la desolación y el espanto entre los que, con otro impulso más, iban á ser los vencedores, y considerándose perdidos pensaban ya en la fuga ó en la rendición, cuando de repente se oye una voz muy conocida de los soldados, que grita:

—¡Valientes zacatecanos! ¡valientes potosinos! ¡viva Juárez! ¡viva la libertad! ¡á ellos!

—¡A ellos! repite con furor la muchedumbre de hombres armados que forman sobre el parapeto una masa compacta compuesta de unos y otros contendientes, entre los cuales ya no se puede saber cuáles son los amigos y cuáles son los enemigos.

Pero como el combate arrecia en otras partes, y Castillo, el jefe de la plaza, es el que tiene que vigilarlas todas, deja encomendada la defensa de la posición á un jefe de confianza y él se retira seguido de sus oficiales.

Sucedió lo que debía de suceder: decayó el brío de los defensores del parapeto, y los que pudieron escapar

escaparon, dejando allí un obús de á doce y una bandera. Esta la empuñó Zaragoza, y volvió á gritar con todos sus pulmones:

—¡Viva la libertad!

Y las bandas, en el mismo momento, tocaron diapas en toda la línea, significando que se había obtenido la victoria.

Sin embargo, la victoria que se había conquistado allí, era realmente insignificante y muy costosa: murieron distinguidos oficiales como Echeverría, Talancón, Gaitán, Martínez, Anguiano, Ortega y Campa, y ni siquiera se habían ocupado las iglesias de Santo Domingo y el Carmen, que se veían completamente cercadas, es cierto, pero defendidas aún por sus mermadas guarniciones, que en caso de tener parque suficiente, se sostendrían por muchas horas aún, hasta haber quemado su último cartucho.

Había comenzado el combate á las seis de la mañana, eran ya las siete de la noche, y durante esas trece horas nadie había bebido un trago de nada, ni nadie se había llevado alimento alguno á la boca; tanto los defensores de la plaza como los asaltantes, estaban estenuados de fatiga, y una tregua necesaria fué dictada por el mismo cansancio; pero á esa hora ya no había quien tuviera alientos de combatir. Cualquiera que en ese momento hubiera tenido mil hombres de refresco, habría triunfado con la mayor facilidad; pero los que no habían estado personalmente en las trincheras, habían estado corriendo adentro y afuera, de unos sitios á otros, para entrar en combate á la hora que se necesitara. Las reservas tampoco habían estado inactivas y de consiguiente experimentaban el mismo cansancio.

A las ocho de la noche, cuando reinaba el silencio